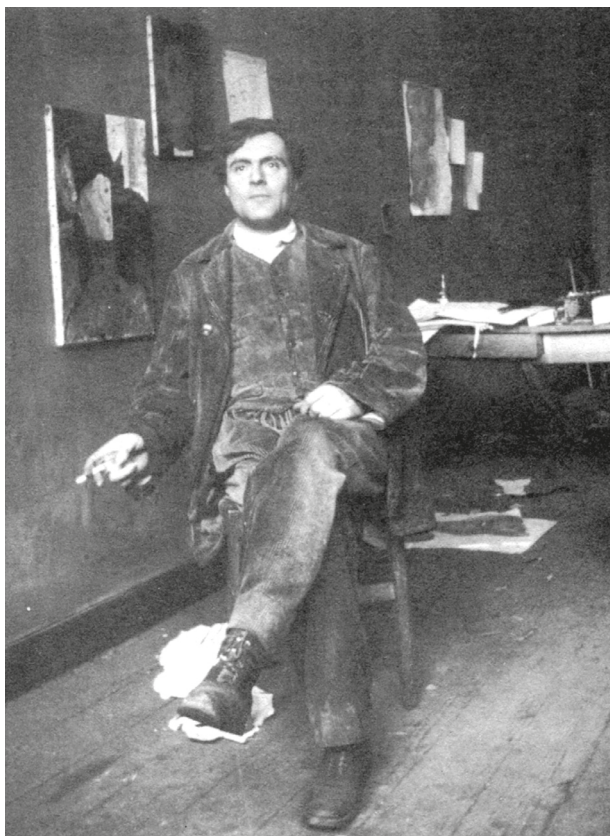




Amedeo Modigliani en su taller de Montparnasse, 1915
Fotografía de Paul Guillaume

Amedeo Modigliani

CARTAS

Prefacio de
Jean Cocteau

Traducción de
Nicolás Pastor Durán



© de la traducción de las *Cartas*,
Nicolás Pastor Duran, 2020

© del texto de Jean Cocteau (1889-1963),
Adagp / Comité Cocteau, 2020
© de la traducción, Clara Pastor, 2020

© de esta edición

Editorial Elba, S.L., 2020
Avenida Diagonal, 579
08014 Barcelona
Tel.: 93 415 89 54
editorial@elbaeditorial.com
www.editorialelba.com

ÍNDICE

Retrato de Amedeo Modigliani

Jean Cocteau · 9

CARTAS

A Oscar Ghiglia, marzo de 1901 · 19

A Oscar Ghiglia, 1 de abril de 1901 · 21

A Oscar Ghiglia, abril de 1901 · 24

A Gino Romiti, 1902 · 27

A Oscar Ghiglia, 1904 o 1905 · 28

A Oscar Ghiglia, 1905 · 30

A su hermano Umberto, principios de 1908 · 33

A Paul Alexandre, 5 de septiembre de 1909 · 35

A Paul Alexandre, 28 de septiembre de 1909 · 37

A Paul Alexandre, 13 de febrero de 1910 · 37

A Paul Alexandre, 8 de marzo de 1910 · 39

A Paul Alexandre, 1910 · 39

A Paul Alexandre, 18 de mayo de 1910 · 39

A Paul Alexandre, 23 de abril de 1913 · 40

A Paul Alexandre, 6 de mayo de 1913 · 42

A Paul Alexandre, 13 de junio de 1913 · 43

A Gustave Coquiot, 1914 · 45

A su madre, 9 de noviembre de 1915 · 47

A su madre, 7 de julio de 1916 · 48

A su madre, 16 de noviembre de 1916 · 49

A Léopold Zborowski, 31 de diciembre de 1918 · 50

A Léopold Zborowski, enero de 1919 · 53

A Léopold Zborowski, enero de 1919 · 54

A Léopold Zborowski, enero de 1919 · 55

A Léopold Zborowski, enero de 1919 · 56

A su madre, enero de 1919 · 59

A Léopold Zborowski, enero-febrero de 1919 · 60

A Léopold Zborowski, enero-febrero de 1919 · 61

A Léopold Zborowski, 27 de febrero de 1919 · 62

A Léopold Zborowski, 1919 · 63

A Léopold Zborowski, 1919 · 64

A su madre, 13 de abril de 1919 · 65

A su madre, 17 de agosto de 1919 · 65

A su madre, invierno de 1919 · 66

RETRATO DE AMEDEO MODIGLIANI

Uno de los atractivos de París consiste en entrar a fondo, y me refiero hasta lo más hondo de sus profundidades, en el barrio en el que se reúnen pintores, poetas y amantes del arte. Antaño fueron Montmartre y Montparnasse. Hoy es Saint-Germain-des-Prés el que ejerce ese extraño magnetismo.

En 1916, durante la guerra, era Montparnasse. Llegué allí gracias a Picasso. Sus ventanas daban a las tumbas del famoso cementerio del barrio. Picasso quería pintarme con traje de arlequín. Después de las sesiones salíamos a visitar los talleres cubistas. Nuestro paseo solía acabar en el Café de la Rotonde.

El Rotonde, el Drôme y el restaurante que había en la esquina de los boulevards Raspail y Montparnasse formaban una plaza de provincias. La hierba crecía entre los adoquines y durante el día acudían los vendedores de verduras con sus carros. Ésa era nuestra rambla, nuestro refugio, nuestro reino. Yo venía de la orilla opuesta, pero logré que me adoptaran. En esa época aún era necesario que los lugareños te

admitieran, aunque los indígenas del Montmartre de Max Jacob, Pierre Reverdy y Juan Gris llegaran en la línea de metro norte-sur sin pasaporte ni trámites formales.

Era raro que nos aventuráramos más allá de las zonas santas. Alguna vez cruzábamos el Sena y, calzados con nuestras alpargatas, paseábamos desde el taller de Paul Guillaume hasta los escaparates primero de la galería de los hermanos Bernheim y luego de Paul Rosenberg. Con el tiempo, la casa de Léonce Rosenberg se convirtió en uno de los puntos de encuentro habituales, gracias a las sesiones dedicadas a los «poetas modernos» que tenían lugar entre telas cubistas y toda suerte de objetos de la época de Napoleón III.

En Montparnasse yo seguía llevando mi disfraz de la rive droite o mi uniforme (el que visto en el dibujo de Picasso). En 1916 yo ya estaba destinado en Bélgica, y sólo acudía a las reuniones cuando me hallaba de permiso.

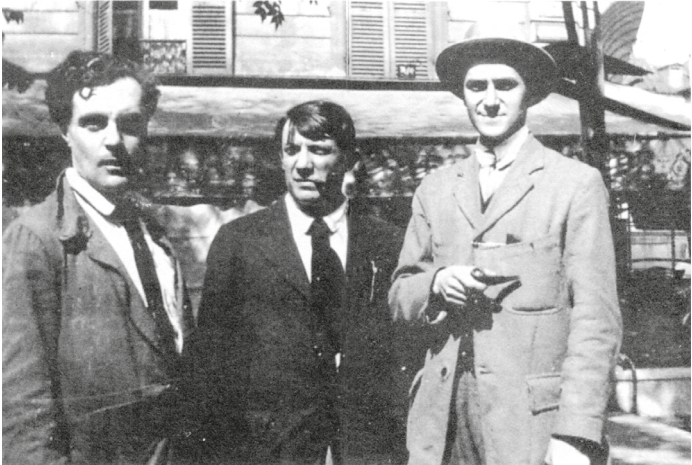
Si insisto en la indumentaria es porque aquella por la que se reconocía a los montparnasianos se hizo legendaria. No es que buscaran exagerar la dejadez ni tampoco epatar. Se limitaban a llevar, en París, los mismos monos, camisas, sandalias y jerséis que usaban en sus lugares de veraneo junto al mar. Los indios y vaqueros llegaron luego y, después de eso, la moda y los disfraces.

Modigliani era un hombre apuesto. Apuesto, taciturno y romántico. Trabajaba en el estudio de Moïse Kisling, en la rue Joseph-Bara, no muy lejos del edificio en el que André Salmon fumaba su vieja y requemada pipa Gambier entre paredes de libros.

Si cierro los ojos, ¿qué veo? Nuestra plaza de armas y a Modigliani de pie en el centro, zapa-teando una especie de baile de oso. Kisling repite incansablemente: «¡Entra, vamos, entra!». Modigliani dice que no con la cabeza, coronada de bucles negros. Intentamos convencerle, y Kisling recurre a la fuerza. Lo agarra por la faja roja y tira. Entonces Modigliani cambia de danza. Levanta los brazos a la española, chasquea los dedos y da vueltas sobre sí mismo. La faja roja se desenrolla interminablemente. Kisling se marcha, Modigliani suelta una carcajada terrible y taconeá aún con más brío.

Vuelvo a abrir los ojos.

¿Qué veo? Nuestra vieja plaza, abarrotada de peatones apresurados, de coches, autobuses y autocares que traen a los turistas a visitar nuestras ruinas y nuestros fantasmas. Todo lo que veía con los ojos cerrados ya no existe. En el mismo sitio donde Modigliani se resistía a nuestros esfuerzos por llevarlo a casa, en idéntica pose, firme y encabritada, ahora está el Balzac de Rodin.



De izquierda a derecha: Amedeo Modigliani, Pablo Picasso
y André Salmon frente al Café de la Rotonde, 1916.

Fotografía de Jean Cocteau